

Artículo de investigación

Las mascotas en el sistema familiar. Legitimidad, formación y dinámicas de las familias humano-animal

Marcos Díaz Videla¹Marcelo Rodríguez Ceberio²**Correspondencia**

mdiazvidela@hotmail.com

Filiaciones institucionales¹Universidad de Flores / Laboratorio de Investigación en Antrozología de Buenos Aires (LIABA) (Argentina)²LINCS (Laboratorio de investigación en Neurociencias y Ciencias sociales), Universidad de Flores / Escuela Sistemática Argentina**Resumen**

Aunque la tenencia de mascotas se ha intensificado, no se trata de un fenómeno del posthumanismo, sino que proviene de la prehistoria. Los recientes incrementos en esta práctica parecen depender de un cambio actitudinal general hacia los animales. Actualmente, las mascotas aparecen como una característica omnipresente en vida familiar occidental, y la Teoría Sistemática resulta una perspectiva destacable para su estudio. Convertir animales en familia implica un proceso bidireccional donde estos tienen un rol activo. Las mascotas desempeñan funciones compartidas y particulares, adecuándose a las demandas de cada etapa familiar y contribuyendo a las dos funciones básicas de las familias: mantener la cohesión favoreciendo el desarrollo. Los animales tienen, además, un rol estabilizante y dinámico, siendo particularmente importantes durante las crisis, y pudiendo desestabilizar el sistema al ausentarse. Finalmente, se brindan recomendaciones para que los clínicos puedan incluir a las mascotas en el trabajo con familias multiespecies.

Palabras clave

animal de compañía | dinámica familiar | familia | mascotas | teoría sistémica

Cómo citar

Díaz Videla, M. y Rodríguez Ceberio, M. (2019). Las mascotas en el sistema familiar. Legitimidad, formación y dinámicas de las familias humano-animal. *Revista de Psicología*, 18(1), 44-63. doi: 10.24215/2422572Xe036

DOI

10.24215/2422572Xe036

Recibido

25 ene. 2019

Aceptado

22 jul. 2019

Publicado

19 dic. 2019

Editores

Nicolás Alessandrini (UAM, España) | Analía Verónica Losada (UCA, Argentina)

ISSN

2422-572X

Licencia© Copyright: Díaz Videla, M. y Rodríguez Ceberio, M. Licencia de Cultura Libre [CC-BY 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)**Entidad editora**

RevPsi es una publicación de la Facultad de Psicología (Universidad Nacional de La Plata, Argentina)

**ACCESO ABIERTO**
DIAMANTE

As mascotas no sistema damiliar. Legitimidade, formação e dinâmicas das famílias humano-animal

Resumo

Ainda que o mascote segurado tenha se intensificado, não se trata de um fenômeno do pós-humanismo, senão que provem da pré-história. Os recentes aumentos nesta prática parecem depender de uma mudança geral de atitude para com os animais. Atualmente, as mascotas aparecem como uma característica onipresente na vida familiar ocidental, e a Teoria Sistêmica resulta em uma destacada perspectiva para seu estudo. Converter animais em família implica um processo bidirecional onde este tem um rol ativo. As mascotas desempenham funções compartilhadas e particulares, adequando-se as demandas de cada etapa familiar y contribuindo as duas funções básicas das famílias: manter a coesão favorecendo o desenvolvimento. Os animais têm também um rol estabilizante e dinâmico, sendo particularmente importantes durante as crises, e podendo desestabilizar o sistema ao ausentar-se. Finalmente, é fornecida recomendações para que os clínicos possam incluir as mascotas no trabalho com famílias multiespécies.

Palavras-chave

animal de estimação | dinâmica familiar | família | mascote | teoria sistêmica

Pets in the family system. Legitimacy, conformation and dynamics of human-animal families

Abstract

Although pet keeping has increased, it is not a post-humanism phenomenon, but it stems from prehistory. The recent increase in this practice seems to depend on a general attitudinal change towards animals. Currently, pets represent an ubiquitous characteristic of occidental family life, and the Systemic Theory turns out to be an outstanding perspective for its study. Rendering animals into family implies a bidirectional process, in which these play an active role. Pets have shared and particular roles. They adequate themselves to every family stage demand and contribute to both basic family functions: to keep cohesion and encourage the development. In addition, animals have a stabilizing and dynamic role, they being especially important during crises and their absence being able to destabilize the system. Finally, clinicians are given recommendations in order to include companion animals in their work with multi-species families.

Keywords

companion animal | family dynamics | family | pets | systemic theory

Aspectos destacados del trabajo

- Los vínculos humano-mascota se han incrementado, pero no son un fenómeno del post-humanismo..
- La familia puede ser concebida como un sistema emocional y relacional compuesto por elementos multiespecie.
- Las mascotas pueden contribuir a las dos funciones básicas de la familia: cohesión / socialización.
- Los animales participan en el manejo de la ansiedad relacional familiar.

Los cambios sociales dados en las últimas décadas han alterado notablemente la manera en que las personas se vinculan socialmente. Los avances tecnológicos sumados al uso problemático de internet habrían dificultado la conexiones sociales significativas, generando malestar, disfuncionalidad y sentimientos de soledad (*Kim, LaRose y Peng, 2009*). Para muchos autores (e.g., *Johnson y Bruneau, 2019*), en tanto las personas se habrían desconectado socialmente, las relaciones con las mascotas se habrían visto modificadas notoriamente.

En principio, en la mayor parte de los países occidentales el número de hogares que cuentan con perros o gatos ha crecido firmemente en las últimas décadas. En Estados Unidos en el año 2016 cerca del 57% de los hogares tenían una mascota, con perros y gatos como las opciones más populares. La proporción de tenencia de perros fue la más alta desde que la Asociación Americana de Medicina Veterinaria comenzó sus mediciones en 1982, con aproximadamente un 38% de los hogares teniendo uno o más perros. Los gatos fueron el siguiente tipo de mascota más popular, en un 25% de los hogares (*American Veterinary Medical Association [AVMA], 2018*).

En la Unión Europea en el 2017 se encontró que poco más del 26% de los hogares tenían al menos un gato, y alrededor del 18% tenía al menos un perro (*European Pet Food Industry Federation [FEDIAF], 2017*).

De acuerdo a una encuesta realizada por una compañía internacional de estudios de mercado (*GfK, 2016*) en 22 países y de la que participaron 27,000 personas, Argentina, México y Brasil tienen los mayores porcentajes de dueños de mascotas, seguidos por Rusia y Estados Unidos. Esta investigación estimó que en Argentina el 80% de los hogares cuenta con al menos una mascota. Si bien las cifras resultan más elevadas que las de organismos gubernamentales de los países, los datos resultan particularmente útiles para establecer comparaciones entre países.

En Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), el último informe publicado por el Ministerio de Hacienda respecto de la tenencia de animales de compañía (DGEyC,

2016) estimó una población de 430,000 perros, a razón de un perro cada 7.14 personas, y 250,000 gatos, a razón de un gato cada 12.5 personas. Según lo informado, el 59,3% de los hogares tiene una mascota (37% perros y 19 % gatos).

Las características de la convivencia con los animales también dan cuenta de la intensidad del fenómeno. Por ejemplo, en CABA, se ha informado que el 98% de las personas jugaba con sus animales; 89.9% los fotografiaba; 60.4% les hacía regalos; el 32.9 viajaba con ellos; y el 30.5% festejaba sus cumpleaños (*Bovisio et al., 2004*).

Estas actividades que las personas realizan con sus animales implican una inversión significativa de tiempo, energía y recursos, y sustentan el estatus de familia que los custodios asignan a sus mascotas (*Serpell y Paul, 2011*). En diversos estudios, se observó que alrededor del 90% de las personas considera a sus mascotas como miembros de sus familias (*Díaz Videla, 2015*). Así, en la mayoría de las culturas modernas, las mascotas están firmemente instaladas en las familias y continúan en ascenso. Pero, ¿por qué?

Incremento en la tenencia de mascotas

Particularmente en las ciudades, las mascotas no parecen realizar ningún trabajo útil a pesar de sus costos. Estos animales demandan cuidados y atención, generan desorden, daños, distorsionan las rutinas y es difícil viajar con ellos (*Albert y Bulcroft, 1988*). Sin embargo, la tenencia de mascotas parece haber alcanzado niveles sin precedentes.

Los incrementos en la tenencia de animales de compañía han sido interpretados — apresuradamente— como un fenómeno occidental, fomentado por la urbanización moderna, afluencia económica y sentimentalismo burgués (véase *Serpell, 1996*). Así, algunos autores (e.g. *Belk, 1996*) han relacionado este incremento con los cambios ambientales alienantes en el traspaso dado en los últimos cien años desde comunidades estables hacia las grandes ciudades, con sus avances tecnológicos, la fragmentación de la familia y la consiguiente búsqueda de apoyo emocional extra.

Sin embargo, esto parece infundado. En principio, no permitiría dar cuenta de la presencia de mascotas en la prehistoria y a lo largo de toda la humanidad (*Serpell y Paul, 2011*). La evidencia antropológica, fósil y de estudios de ADN, muestran que la práctica de tener animales por su compañía era común en culturas prehistóricas de cazadores-recolectores (véanse *Serpell, 1989; Valadez Azúa, 2000*).

La noción de que los humanos primitivos del período Paleolítico tenían el hábito de capturar y amansar animales salvajes para mantenerlos como mascotas no es nueva (e.g., *Galton, 1865*), y resulta consistente con los comportamientos observados en poblaciones más recientes de cazadores y recolectores. Entre estas, la tenencia de mascotas es más bien la norma que la excepción; destacándose además la intensidad de los sentimientos hacia estos animales. Las actitudes hacia las mascotas entre cazadores y recolectores no difieren sustancialmente de las que caracterizan a la sociedad occidental. Las mascotas son criadas, amamantadas, si fuera necesario, y

queridas (Serpell, 1989).

El Homo Sapiens primitivo se alimentaba con los frutos de la naturaleza, incluyendo la caza de animales y la recolección de granos y vegetales silvestres. El sembrar y la crianza de animales lo llevó a abandonar el nomadismo y afincarse creando los primeros poblados. La incorporación de animales de convivencia, fue parte de la evolución y desarrollo humano.

Inclusive, una hipótesis muy común sostiene que los perros descienden de lobos que habrían abandonado también su vida errante y alimentación ocasional, para pasar a depender de familias para su alimentación. Estos lobos se habrían acercado a los grupos humanos en busca de restos de comida. Esto implica que el fundamento de los animales domésticos puede hallarse dentro de este ciclo evolutivo; es decir, podría entenderse como un proceso isomórfico con la evolución del hombre.

Un último estudio al respecto, publicado en la revista *Nature Communications* (Botigué et al., 2017), sitúa un único origen de las mascotas caninas entre 20.000 y 40.000 años. Los autores indicaron no haber encontrado evidencia genética que respalde la hipótesis reciente que propone orígenes duales de la domesticación de perros. En ese mismo grupo están los ancestros de todos los canes familiares modernos. Los resultados contradicen un controvertido estudio anterior, dado a conocer en la revista *Science* (Augliere, 2016), que sugería que los perros tenían un doble origen de domesticación independiente, a partir de dos poblaciones de lobos separadas, probablemente ahora extintas, que vivían en lados opuestos del continente euroasiático. Algunos argumentaban que los perros fueron domesticados por primera vez en Europa hace unos 15.000 años, mientras que otros afirman que ocurrió en China o Asia Central hará unos 12.500.

Si bien el origen primitivo es indiscutible, también es innegable que la urbanización moderna ha estado asociada con incrementos en la tenencia de animales de compañía. Sin embargo, resulta llamativo que diversos factores relacionados con el traspaso de las poblaciones hacia grandes ciudades en realidad obturaron la tenencia de mascotas y las interacciones con el mundo natural, y continúan haciéndolo. Por ejemplo, respecto de las viviendas, ha habido un cambio con mayor tendencia hacia los alquileres, antes que a ser propietarios; y los contratos de alquiler mayormente prohíben los animales. Además, a las mascotas se las restringe de espacios comunitarios, estando prohibidas en muchos de los lugares donde más las necesitaríamos, como hospitales, asilos e instituciones educativas (O'Haire, 2010).

Aún así, las personas se adaptan para vivir con sus animales, los refieren como miembros de su familia, y buscan activamente mantener esta relación a través de considerables esfuerzos emocionales y financieros. Es claro que algo suficientemente gratificante deben estar recibiendo a cambio. Quizá uno de los principales elementos de intercambio tenga que ver con las emociones, fundamentalmente con el amor. Actitudes de incondicionalidad amorosa y expresiones de afecto son comunes en las mascotas, principalmente en perros.

Una de las hipótesis que se ha propuesto para dar cuenta de los cambios más recientes en las familias, incluidos los incrementos en la tenencia de mascotas, es la llamada *tesis de la individuación*. En las últimas dos o tres décadas, esta tesis ha influido marcadamente la teoría sociológica acerca de las familias. La misma asume que, debido a los cambios sociales, ha habido un proceso de individualización en las personas, de modo que las relaciones cercanas se habrían vuelto débiles y frágiles (*Smart y Shipman, 2004*). De esta manera, los cambios en las familias, ligados a la pérdida de fuentes tradicionales de apoyo, habrían atentado contra la solidaridad en las familias y comunidades. Así, presumiblemente, las personas se habrían acercado a sus mascotas para obtener compañía e intimidad (*Charles, 2014*).

Si bien el argumento resulta razonable, las investigaciones empíricas mostraron un panorama diferente, con solidaridad y resiliencia en las familias y comunidades. Las personas parecen elegir con quién relacionarse y a quién considerar familia, y los procesos de individualización no habrían resultado en una desconexión universal de los parientes, vecinos y amigos (e.g., *Duncan y Smith, 2006; Roseneil y Budgeon, 2004*). Desde esta perspectiva, si bien las familias han modificado su estructura, continúan siendo una fuente de amor y apoyo para sus miembros y allegados (*Charles, 2014*). Así, se hace difícil pensar que estas personas sufran de déficits de apoyo emocional y estén buscando sustitutos de interacción humana en sus animales. La familia hoy, continua siendo una gran matriz de intercambio social, fuente de aprendizaje, desarrollo de funciones, sostén de mitos y creencias, en síntesis, una fuente semántica que proporciona las posibilidades de atribución por sobre las cosas (*Ceberio, 2010, Ceberio y Serebrinsky, 2011*).

Una explicación alternativa propone que el incremento de mascotas no es tanto el producto de una necesidad creciente como el inevitable resultado de un cambio histórico en las actitudes hacia todos los animales (*Serpell, 1996*). Los cambios sociales producidos con las migraciones hacia las ciudades y el distanciamiento con las distintas formas de explotación animal, habrían favorecido un cambio actitudinal hacia los animales (*Díaz Videla, 2017*). En efecto, desde la Edad Media, el crecimiento y la popularidad de las mascotas han estado íntimamente relacionados con la declinación del antropocentrismo, y el desarrollo gradual de un acercamiento más igualitario hacia los animales y el mundo natural (*Serpell, 1996*).

Al no necesitar mantener una delimitación clara entre humanos y animales, que permita la explotación sin entrar en dilemas morales, las personas han permitido una mayor permeabilidad afectiva entre especies. La misma habilita que algunos animales puedan ser incorporados al nosotros, sin necesidad de considerarlos como humanos. Así, el antropomorfismo del animal y la cercanía emocional percibida hacia este son dos conceptos relacionados, pero claramente diferenciables (*Díaz Videla, 2017, p. 243*).

Resumiendo, aunque el contexto de las relaciones cercanas con animales se ha modificado, estas relaciones no son un fenómeno nuevo. Los recientes incrementos

en la tenencia de mascotas no responderían a carencias en los vínculos humanos, sino más bien, a un cambio actitudinal hacia los animales y las conexiones entre especies. En este sentido, los animales domésticos no suplen funciones que deben cumplir otros miembros sino que poseen una *entidad de miembro*. Así, las mascotas aparecen hoy como una característica fuertemente instalada en la vida familiar. Aunque, cabe aclarar, cualquier miembro de una familia —si es un sistema funcional y flexible— puede complementar la falta de afecto o la carencia de desempeño de rol de alguno de sus integrantes.

En este sentido, los terapeutas familiares han sido de los primeros en reconocer el rol significativo de las mascotas como miembros de las familias con el propósito de conceptualizar la familia como un todo (Cain, 1985), y la Teoría Familiar Sistémica ha sido uno de los enfoques más utilizados para entender las familias que incluyen miembros no humanos (Díaz Videla, 2015; Turner, 2005; Walsh, 2009). Desde esta perspectiva, la familia se considera un sistema —y es susceptible de ser descrita a partir de los principios válidos para todos los sistemas— constituido por unidades (i.e., integrantes) en interrelación, contando con una interacción dinámica y constante intercambio de energía e información con el mundo exterior (Ceberio, 1999).

Familias humano-animal

Mi familia y otros animales

Si bien considerar animales como familia no es una constante entre culturas diversas (Gray y Young, 2011), en la mayoría de las culturas modernas, las mascotas se han convertido en una característica siempre presente en la vida familiar (Serpell y Paul, 2011).

En sociedades occidentales actuales, la definición de familia incluye integrantes no humanos, probablemente, en mayor medida de lo que nunca antes lo había hecho. Alrededor del 90% de los tenedores de animales de compañía los considera miembros de sus familias (Cohen, 2002). De acuerdo a una investigación realizada con custodios de perros y gatos en Argentina, el 92.9% de los participantes indicó considerarlos como miembros de la familia (Díaz Videla y Olarte, 2016).

Para Leow (2018), los miembros humanos de la familia y sus mascotas desarrollan un sistema emocional familiar equilibrado a partir de la integración de los animales en las rutinas diarias. Así, actividades como compartir la cama, los horarios de comida o las celebraciones socioculturales dan cuenta de la incorporación de los animales en las familias.

La proximidad emocional en el vínculo humano-animal ha sido conceptualizada a partir de la Teoría del Apego de Bowlby (1969/1998), recibiendo apoyo de las investigaciones sobre aspectos cognitivo-conductuales en humanos (Beck y Madresh, 2008; Zilcha-Mano, Mikulincer y Shaver, 2011, 2012), en perros (Palmer y Custance, 2008; Prato-Previde, Custance, Spiezio y Sabatini, 2003), así como los estudios respecto de los correlatos neuroendócrinos en ambos (e.g., Nagasawa et al., 2015).

Las características individuales de los animales y el apego desarrollado hacia estos son parte importante de la inclusión de los animales a la familia, y para algunos custodios, resulta decisiva la habilidad del animal de manifestar su elección de ser parte. Esto se contrapone a los casos donde los animales deben ser contenidos en cajas o jaulas, lo cual indicaría falta de conexión. En este sentido, los animales de compañía son descritos como actores sociales que realizan elecciones y actúan en consecuencia cuando se les permite (*Charles, 2014*).

La casa tiene el propósito primario de ser el hábitat humano. Las mascotas son permitidas en las casas en la medida en que se adecúen a ciertos comportamientos y respeten ciertos límites. Los animales no mascotas (e.g., ratones, cucarachas) son activamente exterminados por ingresar a las casas. En tanto intensamente se les atribuyen características antropomórficas a las mascotas, son frecuentemente permitidas en las casas. Sin embargo, sus dueños no suelen verlos como completamente humanos, por lo que tienden a demarcar los límites respecto de los espacios permitidos y restringidos para estos animales atribuidos con características antropomórficas, a la vez que considerados en sus características salvajes (*Hirschman, 1994*). Los patrones de interacción entre las personas y sus mascotas, sugieren una fluctuación entre considerar a los animales de compañía como humanos y civilizados, y considerarlos como bestias y caóticos (*Belk, 1996*).

La incorporación de un nuevo miembro a la familia implica que este debe adaptarse a las reglas, así como también el antiguo sistema debe modificarse para incluirlo (*Minuchin, 1977*). Al investigar el modo en que los perros lograban incorporarse a las familias humanas, Power (2008) observó y entrevistó familias durante el primer año luego de la adopción de un perro. La autora planteó que la incorporación sucedía por tres vías: (1) considerando a sus perros como si fueran niños peludos, los participantes destacaban el tiempo que pasaban con estos; (2) comprometiéndose con los perros como animales de manada, los participantes re-conceptualizaban su familia humana como una manada, dando importancia al establecimiento de jerarquías y reglas claras; (3) el accionar individual de los perros era reconocido como un organizador activo de la familia y el hogar. La autora sostuvo la noción de *familia más que humana*, donde la pertenencia a la familia no depende del estado humano, o de similitud con las personas, sino que más bien se forjaba a través de interacciones cercanas, cohabitación y compromiso con el otro.

Los niños en esos hogares comienzan a considerar la estructura familiar humanos-mas-animales como normal y adecuada, y desarrollan sólidas expectativas de que cuando sean adultos y formen sus familias, una mascota debe ser incorporada en la estructura familiar para hacerla completa (*Hirschman, 1994*).

Así, convertir a los animales en miembros de la familia es un proceso bidireccional, como el que se desarrolla en cualquier otra relación, donde los animales tienen un rol activo en *elegir* ser parte de la familia, y modifican y delimitan activamente las reglas de las familias.

¿Supliendo vacíos o complementando sistemas?

Las relaciones afectivas con animales han sido tradicionalmente deslegitimadas, tanto por la ciencia como por el saber popular. Estos vínculos han sido acusados de resultar desadaptativos, antieconómicos, caprichosos o patológicos (*Serpell, 1996*). Entre estas versiones, posiblemente la más ampliamente sostenida indica que la tenencia de mascotas funcionaría como un modo de sustituir o de compensar vínculos humanos ausentes. Sin embargo, esta hipótesis no logró apoyarse en investigación científica (*Díaz Videla, 2017*).

Si consideramos que la incorporación de un animal al sistema familiar funcionaría como un modo de compensar vínculos humanos ausentes, pensaremos que esta se encuentra al servicio de la homeostasis. Es decir, cuando las circunstancias exijan al sistema un cambio cualitativo en su funcionamiento, el sistema resistiría al mismo, incorporando al animal de modo sintomático para sostener de manera rígida el equilibrio anterior. O sea, frente a una crisis, el animal ayudaría al sistema a no cambiar.

Durante momentos vitales desafiantes como mudanzas, divorcios o muertes, muchas familias adquieren un animal o se orientan hacia sus animales para obtener apoyo emocional y alivio. Sin embargo, las investigaciones han destacado que las mascotas ayudan a las familias a superar crisis o períodos de transición disminuyendo el estrés (*Allen, 1995; Cain, 1985; Sable, 2013*), habiendo sido conceptualizados como *tutores de resiliencia* (*Simpson & Keulyan, 2018; Walsh, 2009*). Y de hecho, el tutor de resiliencia es una figura de apego (*Ceberio, 2015*), aunque no necesariamente humano, puesto que una novela, una frase, una película, un animal puede operar como un tutor de resiliencia (*Cyrulnik, 1999*).

Los estudios que evaluaron puntualmente la hipótesis de compensación/sustitución en contraposición a la hipótesis de complementariedad de los vínculos humanos, dieron apoyo a la segunda. Por ejemplo, las investigaciones desarrolladas por Zilcha-Mano et al. (*2011, 2012*) encontraron que los custodios con inseguridades en apego en vínculos humanos también tenían inseguridades en el vínculo con las mascotas, y no una mayor expectativa de satisfacción de necesidades de seguridad no cubiertas en las relaciones humanas. McConnell, Brown, Shoda, Stayton y Martin (*2011*) encontraron experimentalmente que las mascotas podían contribuir a la satisfacción de necesidades sociales independientemente de la calidad de apoyo social humano de las personas.

Si bien los custodios entienden las relaciones con sus animales en términos de parentesco, esto no implica, necesariamente, la sustitución de una categoría particular de parentesco o el llenado de espacios vacíos en la red social. Quizá la evidencia más simple y directa sea que los animales están más presentes en los hogares con niños, que en cualquier otra configuración familiar (*Charles, 2014*).

Obviamente, en algunos casos, las relaciones con las mascotas pueden buscar compensar carencias en otros ámbitos. Pero esto también sucede en otros tipos de

relaciones humanas. De modo que la compensación de deficiencias vinculares no caracteriza la tenencia de mascotas, así como tampoco la tenencia de amistades. Así, la clasificación de animales como familia, o incluso como hijos, parece indicar una conexión significativa, y que la familia es el lenguaje que utilizamos para indicar conexiones significativas y duraderas.

Además de esto, los animales han mostrado proveer recursos particulares, o bien, que los humanos difícilmente pueden proporcionar. Las mascotas pueden proveer un elemento de estabilidad pocas veces hallados en las relaciones humanas (*Beck y Madresh, 2008*), así como consistencia en la aceptación y el contacto, algo que los humanos no siempre pueden proveer (*Faver y Cavazos, 2008*). Por ejemplo, algunos estudios mostraron que los custodios tendían a experimentar más seguridad en sus relaciones con sus animales que en sus relaciones con sus parejas (*Allen, Blascovich y Mendes, 2002; Beck y Madresh, 2008*).

Las mascotas son valoradas por sus similitudes con los miembros humanos de la familia, pero también por sus diferencias. Muchos custodios refieren recibir de sus animales algo que no puede obtener de otros humanos, no solo a partir de vivir solos, sentirse solos o con contactos humanos limitados. Al mismo tiempo, las emociones generadas por los animales en la familia son las mismas que las generadas por los miembros humanos (*Charles, 2014*).

Roles y funciones de los animales en las familias

Minuchin (1977) define la estructura familiar como un conjunto invisible de demandas funcionales que organizan las formas en que sus miembros interactúan. El sistema familiar opera a través de pautas transaccionales que regulan la conducta de sus integrantes. La repetición de las transacciones establece pautas acerca de cómo, cuándo y con quién relacionarse.

La intensidad de la conexión humano-animal permite a los animales de compañía rápidamente adoptar funciones como miembros de la familia y la estructura familiar resulta un concepto clave para entender las funciones que las mascotas desempeñan en las familias. La Teoría del Ciclo Vital Familiar ha sido ampliamente utilizada para evaluar las funciones de los animales de compañía en diferentes configuraciones familiares (*Díaz Videla y Olarte, 2018*), en tanto las etapas se han recomendado como un enfoque de las tipologías de la familia (*Simon, Stierlin y Wynne, 1988*).

Básicamente, se propone que, en la medida en que la familia se desarrolla desplazándose a través de un cierto número de etapas que exigen una reestructuración para poder seguir funcionando (*Minuchin, 1977*), las funciones de las mascotas cambia y evoluciona para adaptarse a los cambios de la familia y sus necesidades. Por ejemplo, niños y adolescentes pueden considerar a sus mascotas como mejores amigos o hermanos. Los adultos jóvenes pueden criar mascotas como una manera de ejercitar roles parentales, aprendiendo la importancia de proveer cuidados nutricios y poner límites. En la adultez media, muchos padres pueden orientarse a sus animales para lidiar con el nido vacío. Los adultos mayores pueden valorar especialmente

la compañía de las mascotas mientras pierden otras conexiones sociales (*Albert y Bulcroft, 1988; Díaz Videla, 2015; Hodgson y Darling, 2011; Schvaneveldt, Young, Schvaneveldt y Kivett, 2001; Turner, 2005; Walsh, 2009*).

Así, los custodios suelen asignar roles específicos a sus mascotas dentro del sistema familiar, a partir de las expectativas de los integrantes de la familia de acuerdo con la etapa del ciclo de vida familiar (*Turner, 2005*), sumadas a la autonomía y particularidades de cada animal (*Charles, 2014*).

Los cambios de etapa en la familia no solo abarcan procesos esperables y de desarrollo normativo, sino cualquier conjunto de sucesos que alteren cualitativamente la trama de la vida familiar. En este sentido, el concepto de *desarrollo familiar* (*Falicov, 1991*) es más amplio, en tanto incluye todos los procesos evolutivos transaccionales vinculados al crecimiento familiar (e.g., mudanzas, enfermedades, desempleo).

Como se indicó, durante estas transiciones familiares, los animales desempeñan un rol de amortiguador del estrés, a través de brindar a apoyo emocional y alivio a los miembros, mientras el sistema familiar logra redefinirse a través de una morfogénesis. En este sentido, algunos autores (e.g., *Cain, 1985; Walsh, 2009*) han destacado que los beneficios de tener animales se manifiestan particularmente en los momentos de crisis o cambios. Así, las mascotas contribuyen al crecimiento y desarrollo familiar.

Esto se liga a una de las funciones básicas de la familia, es decir, favorecer el desarrollo personal de los hijos y su socialización (*Gimeno Collado, 1991*).

Por ejemplo, el vínculo establecido por los niños con sus animales de compañía se ha asociado positivamente con los niveles de empatía y competencia social de estos niños (*Poresky y Hendrix, 1990*), la adquisición de responsabilidades tanto en niños (*Schvaneveldt et al., 2001*) como en adolescentes (*Covert, Whiren, Keith y Nelson, 1985*), y favorece el contacto social en adultos jóvenes, incrementando las posibilidades de ser elegidos como pareja (e.g., *Guéguen y Ciccotti, 2008; véase también Serpell y Paull, 2011*).

La otra función básica de la familia, contrapuesta y complementaria a la función anterior, se refiere la identidad familiar. Las familias deben permitir el crecimiento de sus miembros, pero a su vez, deben mantener la cohesión familiar. Es decir, deben apoyar la individuación de los miembros, pero manteniéndose unidas, con sentido de pertenencia y continuidad en el tiempo (*Gimeno Collado, 1991; Minuchin y Fischman, 2004*).

Aquí también las mascotas pueden desempeñar un rol trascendental en la dinámica familiar. En muchos sistemas familiares, las mascotas son consideradas como el pegamento que incrementan la interacción y comunicación familiar, mejorando la cohesión en la familia (*Cain, 1985; Walsh, 2009*). Por ejemplo, los miembros de la familia pueden indicar que ríen de los comportamientos tontos de su perro, lo cual habilita un espacio para conversaciones que promueven un humor distendido en el hogar (*Johnson y Bruneau, 2019*). Además, la constancia en el tiempo ofrecida por los animales, dado a partir de la estabilidad en su afecto independiente de las

contingencias vitales y su atención sin juzgar, favorece el sentido de identidad familiar. En síntesis, las mascotas pueden colaborar en la concreción de las dos funciones básicas del sistema familiar: incrementan la cohesión, a la vez que favorecen el desarrollo y la socialización de los miembros.

Los animales en el manejo de la ansiedad relacional familiar

La legitimidad de los animales de compañía como partes del sistema emocional familiar también puede fundamentarse en el proceso dinámico, en tanto, como los miembros humanos de la familia, se ha observado que los animales responden a la ansiedad relacional. Esta se refiere a la tensión que se manifiesta entre dos individuos, la cual, también puede desarrollarse entre mascotas y humanos en la familia.

Diversos conceptos de Teoría Familiar Sistémica de Bowen (1966, 1978/1993; Kerr y Bowen, 1988) han sido identificados en las dinámicas familiares humano-animal. Leow (2018) describió que en las dinámicas humano-animal se desarrollaban procesos de:

- Individualidad: se refiere al ser independiente de los demás a partir de pensar y actuar por uno mismo. Los custodios tienden a evidenciar una sensación de sí mismos más sólida cuando sus relaciones con sus animales de compañía resultan invalidadas, por ejemplo, cuando las personas del entorno muestran dificultades para entender el duelo por la pérdida de un animal.
- Unión: tendencia a estar conectado con otros, a partir de pensar, actuar o sentir como otros. Tanto humanos como animales evidencian compartir pensamientos, conductas y emociones. Por ejemplo, los animales vehementemente buscan proximidad con sus custodios cuando perciben que estos están enfermos o triste. La unión se refuerza por las rutinas compartidas y por los beneficios mutuos derivados de la relación.
- Distanciamiento emocional: al manifestarse ansiedad relacional, los individuos pueden decidir no participar en unión con otros, apartándose. Esto sucede comúnmente cuando personas del entorno invalidan el duelo por la pérdida de una mascota.
- Fusión emocional: este mecanismo implica una disminución de individualidad e incremento de unión para manejar la ansiedad relacional. Se manifiesta a partir de la proximidad emocional y se evidencia claramente en el impacto de su ausencia. Por ejemplo, frente a la muerte del animal, muchos custodios refieren sentir que una parte de ellos mismos también ha muerto. O bien, lo custodios tienden a incorporar a sus animales en su *self*. Así, por ejemplo, frente a problemas de conducta en público, los custodios toman las críticas a sus animales de manera personal (Sanders, 1998).

- Bajo funcionamiento-sobrefuncionamiento: un participante con funcionamiento excesivo se centra en otro con el funcionamiento pobre, en varios aspectos de su vida. Por ejemplo, cuando el sistema familiar se desequilibra como resultado de que el animal de compañía se enferma, los miembros humanos pueden intentar manejar la situación sobrefuncionando por el animal. Empíricamente, Leow (2018) encontró el bajo funcionamiento solo del lado de los animales, pero no en los miembros humanos de la familia. Cuando hay más de un animal en el hogar, uno de ellos puede detectar que el otro está enfermo o dolorido y centrar su atención en este, por ejemplo, no apartándose.
- Perseguidor-distanciador: en esta dinámica, el primero busca alcanzar al segundo, mientras que este se distancia; y así, logran manejar su ansiedad relacional. En el vínculo humano-animal, por ejemplo, los custodios refieren que, en ocasiones, sus animales desobedecen deliberadamente transgrediendo normas que conocen, generando que los custodios deban estar pendientes de estos.
- Triángulos: Estos son patrones interaccionales para manejar los conflictos en los sistemas humanos, que se manifiestan cuando dos individuos atraen a un tercero para aliviar la ansiedad relacional que experimentan. A través de las mascotas pueden expresarse sentimientos de celos, ira, control, culpa y miedo, ayudando a canalizar tensiones y haciendo que el sistema familiar sea más estable. Así, los triángulos, evitan la confrontación directa en la pareja permitiéndoles a sus miembros lidiar con estados emocionales intensos, más particularmente durante la etapa de nido vacío dentro del ciclo de vida de la familia (Walsh, 2009). También, las mascotas pueden enredarse en discusiones de parejas, por ejemplo, actuando como pacificadoras tratando de que los miembros de la pareja aparten su atención de una pelea (Cain, 1985).

Estos conceptos dan cuenta de patrones de interacción humana que también aplican a las relaciones humano-animal, los cuales de por sí, no implican dinámicas patológicas.

Por ejemplo, los triángulos, y cualquier tipo de subsistema, pueden ser flexibles y abiertos, teniendo valor funcional y resultando gratificantes para la familia. Las alianzas que surgen facilitan la complicidad en función de los intereses de cada momento, fortalecen la proximidad y la identidad familiar, y enriquecen la comunicación. Sin embargo, los triángulos puede ser disfuncionales cuando se hacen rígidos y el enfrentamiento respecto al tercero se convierte en rechazo y agresividad que acaba por aislarlo (Gimeno Collado, 1999).

En síntesis, para algunos autores (e.g., Leow, 2009; Walsh, 2009) los animales participan de manera similar a los miembros humanos de la familia en el manejo de la ansiedad relacional familiar.

Los animales pueden desequilibrar el sistema

En tanto se destaca que los animales tienen un rol estabilizante y dinámico en el sistema familiar, su ausencia resulta desestabilizadora. El impacto generado por la muerte, pérdida o enfermedad de los animales en el sistema familiar puede dar lugar a una crisis o desequilibrio en el sistema, y a intentos de los demás miembros para reestablecer el equilibrio perdido (Leow, 2018; Walsh, 2009). Los desbalances suceden cuando un incidente o situación significativa amenaza el sistema familiar. Por ejemplo, cuando un humano o animal en la familia enferma y el otro detecta que hay algo mal, o bien detectando la ausencia tras la muerte. Es evidente que los animales también identifican las pérdidas de otros miembros de la familia, sean humanos u otros animales de compañía, y el desbalance producido por estas. Los intentos de reequilibrar el sistema se dan a través de distintos procesos dinámicos. Por ejemplo, incrementar la unión, extendiéndola aun por fuera del sistema familiar. Frente a una crisis, es frecuente que el sistema familiar flexibilice sus fronteras, permitiendo el ingreso de profesionales y otras personas que ayuden a recuperar el equilibrio (Pittmann, 1990). Así, los humanos pueden buscar contacto con otros que tuvieran experiencias similares respecto de la pérdida de un animal de compañía u otros que validen su experiencia de pérdida.

Claramente, las interacciones familiares que involucran a los animales de compañía no siempre son positivas, por lo que su tenencia puede también resultar todo un desafío. Las mascotas pueden también ser consideradas como una fuente de desorden y frustración (Herzog, 2012). Los animales pueden llevar a conflictos y desacuerdos entre miembros de la familia, especialmente en las parejas, donde no solo pueden desempeñar la función mantenerlas unidas, sino también de separarlas (Johnson y Bruneau, 2019; Walsh, 2009). Por ejemplo, la esposa puede amar a su gato y su marido no. O bien, un perro anciano puede ensuciar dentro de la casa, llevando a peleas en la pareja.

En tanto las mascotas son miembros de la familia, están sujetos a muchos desafíos comunes con miembros humanos de la unidad familiar (Johnson y Bruneau, 2019).

Recomendaciones para clínicos

Apreciar los vínculos que las familias tienen con sus animales, incorpora una dimensión significativa a nuestro entendimiento de su mundo, por lo que recomendamos su consideración en la práctica clínica.

Previo a formular preguntas sobre la mascota, los clínicos pueden señalar que estos animales frecuentemente tienen funciones importantes para los individuos, parejas y familias, y que pueden ser recursos potenciales para comprender y resolver problemas. Si bien los clientes pueden sorprenderse por el interés del terapeuta en el tema, habitualmente responden con valiosas descripciones (Walsh, 2009). Estas historias son generalmente ricas en información sobre las relaciones significativas, incluyendo patrones de comunicación y dinámicas relacionales (Johnson y Bruneau, 2019).

Es aconsejable incluir a las mascotas al confeccionar el genograma familiar. Esta herramienta gráfica, permite organizar la información, mediante el trazado de un mapa preciso de la estructura familiar, facilitando la visualización de patrones, problemas y recursos potenciales (Ceberio, 2017; McGoldrick, Gerson y Petry, 2008). Al incorporar la mascota puede consignarse información como su nombre, especie y raza, edad, edad de adquisición, y fechas como la pérdida de una mascota u otros estresores relacionados. El elemento que más conviene explorar es el significado del vínculo humano-animal y los sentimientos de cada integrante de la familia hacia el animal (Johnson y Bruneau, 2019; Walsh, 2009). Dentro de la construcción del genograma familiar, nosotros hemos incorporado el ejercicio de *Mascotas*, con un ícono (i.e., rombo) y el enunciado de 20 preguntas reflexivas (Ceberio y Díaz Videla, *enviado*) para completar el análisis de las interacciones familiares.

Otros elementos a evaluar incluyen la realización cotidiana de actividades con el animal; preocupaciones y conflictos; enfermedades, pérdidas o muertes de animales recientes o esperadas; y la función del animal en las relaciones, por ejemplo, triángulos o alianzas. Además, las relaciones significativas previas con animales, como las mascotas de la infancia, y cómo los animales pueden ser una fuente de resiliencia para las personas y parejas (Walsh, 2009).

Además, puede resultar útil preguntar cómo el animal se está comportando, en tanto las mascotas son muy sensibles al clima emocional del hogar. Por ejemplo, pueden manifestar cambios en la conducta cuando están estresados (e.g., pérdida de apetito, cambios en el sueño). Además, pueden percibir el estrés de sus dueños y manifestar problemas de conducta. Por ejemplo, un perro tranquilo puede empezar a ladrar con frecuencia, o un animal entrenado previamente puede empezar a orinar dentro de la casa (Johnson y Bruneau, 2019).

De todas formas, frente a las manifestaciones sintomáticas de los animales, siempre es conveniente considerar una consulta veterinaria para evaluarlo antes de conjeturar que los síntomas responden a la vida emocional de las mascotas, la cual suele ser más directa y menos intrincada que la humana. Así, resulta conveniente en principio descartar la presencia de dolores o afecciones en el animal, antes que conjeturar sobre la influencia de dinámicas relacionales complejas.

Otro aspecto significativo para indagar es si el animal fue comprado o adoptado, y en este último caso, en qué contexto. Las motivaciones para rescatar animales abusados o abandonados frecuentemente se asocian con dificultades pasadas de los pacientes y con el deseo de amar, salvar o cuidar de otros (Johnson y Bruneau, 2019).

Además, se recomienda, cuando sea posible, observar directamente las interacciones entre las personas y sus mascotas. Estas evidenciarán, con menor resistencia, dinámicas familiares. En tanto las interacciones tienden a ser isomórficas, el clínico puede pedir a la familia con mascota que interactúen entre sí (i.e., escenificación), seleccionando y organizando los datos en un esquema (i.e., enfoque) que le dará información útil sobre otros campos de la vida familiar. Adicionalmente, puede organizar las secuencias proponiendo modalidades interaccionales diferentes (Minuchin y Fischman, 2004).

También las mascotas pueden incluirse en las prescripciones de tareas fuera de las sesiones. Por ejemplo, los padres pueden incrementar su aprendizaje sobre técnicas de modificación de conducta a partir de entrenar a la mascota familiar. Igualmente, todos los miembros de la familia pueden desarrollar habilidades comunicativas, empatía e incrementar su sentido de responsabilidad al atender a la mascota familiar (Faver y Cavazos, 2008; Johnson y Bruneau, 2019).

El rol estabilizador que los animales de compañía desempeñan no es despreciable. Este puede ser un excelente recurso cuando los individuos enfrentan malestar emocional y requieren apoyo emocional (Leow, 2018), por lo que recomendamos considerar su incorporación tanto en intervenciones concretas (e.g., exposición con prevención de repuesta, time out) así como en estrategias más amplias (e.g., cuestionamiento de la estructura familiar tendiente a reorganizarla, establecer jerarquías, fijar fronteras, etc.).

También algunos terapeutas han incorporado en sus consultas a su gato o perro de compañía. Estos profesionales observan a los animales como un termómetro de la interacción: si adoptan una actitud defensiva, si se acurrucan al lado del paciente, si juegan, se duermen o lo rechazan de cuajo. Todas estas reacciones tienen su contrapartida conductual en el paciente, que serán transformados en datos para ser capitalizados en devoluciones, incrementando la efectividad. Finalmente, es importante que los clínicos revisen sus propias actitudes con respecto a la importancia de las mascotas, para que puedan ser sensibles al significado que tiene este vínculo único para cada cliente (Walsh, 2009).

Aunque el contexto de las relaciones cercanas con las mascotas se ha modificado, los vínculos afectivos entre humanos y animales, lejos de ser un fenómeno moderno, se han extendido a lo largo de toda la humanidad. Sin embargo, el cambio en las actitudes hacia los animales dado en el último siglo ha favorecido que las mascotas se hayan configurado actualmente como una característica omnipresente en la vida familiar occidental.

Más que estar siendo testigos de un fenómeno nuevo del post-humanismo, las familias más que humanas o multiespecies han estado siempre presentes, pero han sido ocultadas efectivamente por las llamadas ciencias sociales, por las dificultades de estas para considerar a los animales no humanos.

Posiblemente a partir de sus conceptos interdisciplinarios y abstractos, la perspectiva psicológica sistémica ha sido pionera en considerar a los animales como elementos integrantes de las familias. Posiblemente, esta sea la teoría más viable para abordar las familias humano-animal. Desde esta perspectiva, resulta más fácil conceptualizar que no solo los humanos, sustitutos de humanos o quienes funcionan con roles humanos se configuran como integrantes de las familias, sino que también los animales, reconocidos como tales, lo hacen. En definitiva, son elementos del sistema familiar. La afinidad hacia los animales de compañía es considerada por los custodios como un vínculo de parentesco, el cual indica una conexión significativa y duradera, valorada tanto por las similitudes como por las diferencias que los animales comparten con los parientes humanos.

Las mascotas desempeñan un rol activo en su incorporación a las familias humanas, las cuales se reestructuran luego de la incorporación de este nuevo integrante, que además, pertenece a otra especie. Las funciones desempeñadas por los animales se adecúan a las necesidades funcionales de las familias en cada etapa de su ciclo vital, siendo, además, particularmente valiosos durante los períodos de transiciones y crisis propios del desarrollo familiar, a partir de amortiguar los efectos del estrés, brindando afecto, constancia y continuidad. A su vez, se reconoce que los animales favorecen el cumplimiento de las dos funciones básicas de las familias, en tanto favorecen la cohesión familiar, funcionando como un pegamento que mantiene a los miembros unidos, y a su vez favorece el desarrollo y la socialización de los individuos.

Finalmente, se destaca que, como los miembros humanos, los animales de compañía también responden a la ansiedad relacional y forman parte del proceso dinámico del sistema familiar. Así, la pérdida del animal afecta de la red relacional del sistema familiar, con incrementos de individualidad y distanciamiento emocional hacia otros, siendo que, además, los miembros luchan por reequilibrar el sistema. Desde nuestra perspectiva, la familia debe ser concebida como un sistema emocional y relacional compuesto por elementos multiespecies, donde todos contribuyen activamente al equilibrio dinámico del sistema. Cada uno de los componentes del sistema desarrollan una función, y estas funciones, como hemos observado en este desarrollo, exceden la condición humana.

Las mascotas activan el amor y favorecen los vínculos con las personas y entre las personas. Y son las relaciones afectivas el mayor logro de felicidad, tal como lo demostró el *Harvard Study of Adult Development*, la investigación longitudinal más extensa de la historia desarrollada en la Universidad de Harvard desde 1938. En este proyecto se ha examinado de cerca la vida de más de 700 hombres, y en algunos casos de sus parejas. El estudio ha revelado algunos factores que determinan si es probable que las personas envejecen de manera feliz y saludable, o si caerán en la soledad, enfermedad o debilitamiento mental. Los resultados fueron publicados en un libro de George Vaillant (2012), un psiquiatra que dirigió la investigación desde 1972 hasta 2004. Durante décadas, los investigadores evaluaron distintas áreas en la vida de los participantes y obtuvieron una serie de resultados muy interesante, de los que se privilegia, el amor y las relaciones afectivas interpersonales. Este es uno de los estudios que puede justificar y avalar la importancia de la presencia de animales en los sistemas humanos, y la gran relevancia afectiva que genera, no solo en cada uno de los integrantes, sino en el sistema en general.

Agradecimientos

Queremos agradecer inicialmente a Analía Losada por su generosidad, calidez y apoyo a la investigación sobre los vínculos humano-animal. Agradecemos a Pablo López e Inés Baya Casal por su ayuda en la traducción de los resúmenes, y a Romina Rocca por revisar el texto. Finalmente, agradecemos a nuestros sistemas familiares por enseñarnos que los vínculos de familia se construyen más allá de los aspectos biológicos.

Referencias

- Albert, A. y Bulcroft, K. (1988). Pets, families, and the life course. *Journal of Marriage and the Family*, 50(2), 543-552. [HTTPS://DOI.ORG/10.2307/352019](https://doi.org/10.2307/352019)
- Allen, K. (1995). Coping with life changes and transitions: The role of pets. *Interactions*, 13(3), 5-8.
- Allen, K. (2002). Cardiovascular reactivity and the presence of pets, friends, and spouses: The truth about cats and dogs. *Psychosomatic Medicine*, 64(5), 727-739. [HTTPS://DOI.ORG/10.1097/01.PSY.0000024236.11538.41](https://doi.org/10.1097/01.PSY.0000024236.11538.41)
- American Veterinary Medical Association [AVMA]. (2018). *Pet ownership & demographic* (2017-18). Recuperado a partir de [HTTPS://WWW.AVMA.ORG/NEWS/PRESSROOM/PAGES/AVMA-RELEASES-LATEST-STATS-ON-PET-OWNERSHIP-AND-VETERINARY-CARE.ASPX](https://www.avma.org/news/pressroom/pages/avma-releases-latest-stats-on-pet-ownership-and-veterinary-care.aspx)
- Augliere, B. (2016). *Debate*. Recuperado a partir de [HTTP://NATURENEWS.DISQUS.COM/](http://naturenews.disqus.com/)
- Beck, L. y Madresh, E. A. (2008). Romantic partners and four-legged friends: An extension of attachment theory to relationships with pets. *Anthrozoös*, 21(1), 43-56. [HTTPS://DOI.ORG/10.2752/089279308X274056](https://doi.org/10.2752/089279308X274056)
- Belk, R. W. (1996). Metaphoric relationships with pets. *Society & Animals*, 4(2), 121-145. [HTTPS://DOI.ORG/10.1163/156853096X00115](https://doi.org/10.1163/156853096X00115)
- Botigué, L. R., Song, S., Scheu, A., Gopalan, S., Pendleton, A. L., Oetjens, M., ... Veeramah, K. R. (2017). Ancient European dog genomes reveal continuity since the Early Neolithic. *Nature Communications*, 8(1), 16082. [HTTPS://DOI.ORG/10.1038/NCOMMS16082](https://doi.org/10.1038/NCOMMS16082)
- Bovisio, M., Cicuttin, G., Fracueli, M. C., González, B. B., Lencinas, O. E., Mestres, N., ... Marcos, E. R. (2004). *Características de la convivencia humano-animal en la CABA y su relación con la prevención de zoonosis*. Buenos Aires: Instituto de Zoonosis Luis Pasteur.
- Bowen, M. (1966). The use of family theory in clinical practice. *Comprehensive Psychiatry*, 7(5), 345-374. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/S0010-440X\(66\)80065-2](https://doi.org/10.1016/S0010-440X(66)80065-2)
- Bowen, M. (1978/1993). *Family therapy in clinical practice*. Maryland: Jason Aronson.
- Bowlby, J. (1969/1998). *El apego y la pérdida 1: El apego*. Barcelona: Paidós.
- Cain, A. O. (1985). Pets as family members. *Marriage & Family Review*, 8(3-4), 5-10.
- Ceberio, M. R. (1994). Ciencias modernas, complejidad y psicoterapia. En G. Nardone y P. Watzlawick (Eds.), *Terapia breve, filosofía y arte* (pp. 13-34). Barcelona: Herder.
- Ceberio, M. R. (2010). *La nave de los locos*. Buenos Aires: Teseo.
- Ceberio, M. R. (2015). John Bowlby: Del psicoanálisis a la etología y la cibernética. En J. Bowlby, *Vínculos afectivos* (6.ª ed., pp. 1-8). Madrid: Morata.
- Ceberio, M. R. (2017). *El genograma. Quién soy y de dónde vengo*. Madrid: Morata.
- Ceberio, M. R. y Serebrinsky, H. (2011). *Dentro y fuera de la caja negra*. Buenos Aires: Psicolibro.
- Charles, N. (2014). 'Animals just love you as you are': Experiencing kinship across the species barrier. *Sociology*, 48(4), 715-730. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/0038038513515353](https://doi.org/10.1177/0038038513515353)
- Cohen, S. P. (2002). Can pets function as family members? *Western Journal of Nursing Research*, 24(6), 621-638. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/019394502320555386](https://doi.org/10.1177/019394502320555386)
- Covert, A. M., Whiren, A. P., Keith, J. y Nelson, C. (1985). Pets, early adolescents, and families. *Marriage & Family Review*, 8(3-4), 95-108. [HTTPS://DOI.ORG/10.1300/J002V08N03_08](https://doi.org/10.1300/J002V08N03_08)
- Cyrulnik, B. (1999). *Autobiografía de un espantapájaros*. Barcelona: Gedisa.
- Díaz Videla, M. (2015). El miembro no humano de la familia: Las mascotas a través del ciclo vital familiar. *Revista Ciencia Animal*, 9, 83-98.
- Díaz Videla, M. (2017). *Antrozología y la relación humano-perro*. Buenos Aires: iRojo.
- Díaz Videla, M. y Olarte, M. A. (2016). Animales de compañía, personalidad humana y los beneficios percibidos por los custodios. *PSIENCIA. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 8(2), 1-19. [HTTPS://DOI.ORG/10.5872/PSIENCIA.V8I2.201](https://doi.org/10.5872/PSIENCIA.V8I2.201)
- Díaz Videla, M. y Olarte, M. A. (2018). La psicología del vínculo humano-animal. Aportes de la psicología a la antrozología y viceversa. En M. Díaz Videla y M. A. Olarte (Eds.), *Antrozología* (pp. 1-21). Buenos Aires: Akadia.
- Duncan, S. y Smith, D. (2006). *Individualisation versus the geography of 'new' families*. Londres: Families & Social Capital ESRC Research Group, South Bank University.

- European Pet Food Industry Federation [FEDIAF]. (2017). *Facts and figures*. Recuperado a partir de [HTTP://WWW.FEDIAF.ORG/WHO-WE-ARE/EUROPEAN-STATISTICS.HTML](http://www.fediaf.org/who-we-are/european-statistics.html)
- Falicov, C. (1991). Contribuciones de la sociología de la familia y de la terapia familiar al "esquema del desarrollo familiar": Análisis comparativo y reflexiones sobre las tendencias futuras. En C. Falicov (Ed.), *Transiciones de la familia* (pp. 31-95). Buenos Aires: Amorrortu.
- Faver, C. y Cavazos, A. (2008). Love, safety, and companionship: The human-animal bond and latino families. *Journal of Family Social Work*, 11(3), 254-271. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/10522150802292350](https://doi.org/10.1080/10522150802292350)
- Galton, F. (1865). The first steps towards the domestication of animals. *Transactions of the Ethnological Society of London*, 3, 122-138. [HTTPS://DOI.ORG/10.2307/3014161](https://doi.org/10.2307/3014161)
- GfK. (2016). *Pet ownership. Global GfK Survey*. Recuperado a partir de [HTTPS://WWW.GFK.COM/FILEADMIN/USER_UPLOAD/COUNTRY_ONE_PAGER/AR/DOCUMENTS/GLOBAL-GFK-SURVEY_PET-OWNERSHIP_2016.PDF](https://www.gfk.com/fileadmin/user_upload/country_one_pager/ar/documents/global-gfk-survey-pet-ownership_2016.pdf)
- Jimeno Collado, A. (1999). *La familia: El desafío de la diversidad*. Barcelona: Ariel.
- Gray, P. B. y Young, S. M. (2011). Human-pet dynamics in cross-cultural perspective. *Anthrozoös*, 24(1), 17-30. [HTTPS://DOI.ORG/10.2752/175303711X12923300467285](https://doi.org/10.2752/175303711X12923300467285)
- Guéguen, N. y Ciccotti, S. (2008). Domestic dogs as facilitators in social interaction: An evaluation of helping and courtship behaviors. *Anthrozoös*, 21(4), 339-349. [HTTPS://DOI.ORG/10.2752/175303708X371564](https://doi.org/10.2752/175303708X371564)
- Herzog, H. (2012). *Los amamos, los odiamos y... Los comemos: Esa relación tan especial con los animales*. Barcelona: Kairós.
- Hirschman, E. C. (1994). Consumers and their animal companions. *Journal of Consumer Research*, 20(4), 616-632. [HTTPS://DOI.ORG/10.1086/209374](https://doi.org/10.1086/209374)
- Hodgson, K. y Darling, M. (2011). Pets in the family: Practical approaches. *Journal of the American Animal Hospital Association*, 47(5), 299-305. [HTTPS://DOI.ORG/10.5326/JAAHA-MS-5695](https://doi.org/10.5326/JAAHA-MS-5695)
- Johnson, A. y Bruneau, L. (2019). Pets and relationships: How animals help us understand ourselves and our connections with others. En L. Kogan y K. Blazina (Eds.), *Clinician's guide to treating companion animal issues* (pp. 173-191). Londres: Academic Press.
- Kerr, M. y Bowen, M. (1988). *Family evaluation*. New York: Norton and Company.
- Kim, J., LaRose, R. y Peng, W. (2009). Loneliness as the Cause and the Effect of Problematic Internet Use: The relationship between internet use and psychological well-being. *CyberPsychology & Behavior*, 12(4), 451-455. [HTTPS://DOI.ORG/10.1089/CPB.2008.0327](https://doi.org/10.1089/CPB.2008.0327)
- Leow, C. (2018). *It's not just a dog: The role of companion animals in the family's emotional system* (Tesis de maestría). University of Nebraska, Estados Unidos.
- McConnell, A. R., Brown, C. M., Shoda, T. M., Stayton, L. E. y Martin, C. E. (2011). Friends with benefits: On the positive consequences of pet ownership. *Journal of Personality and Social Psychology*, 101(6), 1239-1252. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037/A0024506](https://doi.org/10.1037/A0024506)
- McGoldrick, M., Gerson, R. y Petry, S. (2008). *Genograms: Assessment and intervention*. New York: W. W. Norton & Company, Inc.
- Minuchin, S. (1977). *Familias y terapia familiar*. Barcelona: Juan Granica.
- Minuchin, S. y Fischman, H. C. (2004). *Técnicas de terapia familiar*. Buenos Aires: Paidós.
- Nagasawa, M., Mitsui, S., En, S., Ohtani, N., Ohta, M., Sakuma, Y., ... Kikusui, T. (2015). Oxytocin-gaze positive loop and the coevolution of human-dog bonds. *Science*, 348(6232), 333-336. [HTTPS://DOI.ORG/10.1126/SCIENCE.1261022](https://doi.org/10.1126/SCIENCE.1261022)
- O'Haire, M. (2010). Companion animals and human health: Benefits, challenges, and the road ahead. *Journal of Veterinary Behavior*, 5(5), 226-234. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.JVEB.2010.02.002](https://doi.org/10.1016/j.jveb.2010.02.002)
- Palmer, R. y Custance, D. (2008). A counterbalanced version of Ainsworth's Strange Situation Procedure reveals secure-base effects in dog-human relationships. *Applied Animal Behaviour Science*, 109(2-4), 306-319. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.APPLANIM.2007.04.002](https://doi.org/10.1016/j.applanim.2007.04.002)
- Pittman, F. (1990). *Momentos decisivos: Tratamiento de familias en situaciones de crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Poresky, R. H. y Hendrix, C. (1990). Differential effects of pet presence and pet-bonding on young children. *Psychological Reports*, 67(1), 51-54. [HTTPS://DOI.ORG/10.2466/PRO.67.5-51-54](https://doi.org/10.2466/PRO.67.5-51-54)
- Power, E. (2008). Furry families: Making a human-dog family through home. *Social & Cultural Geography*, 9(5), 535-555. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/14649360802217790](https://doi.org/10.1080/14649360802217790)

- Prato-Previde, E., Spiezio, C., Sabatini, F. y Custance, D. M. (2003). Is the dog-human relationship an attachment bond? An observational study using Ainsworth's strange situation. *Behaviour*, 140(2), 225-254. [HTTPS://DOI.ORG/10.1163/156853903321671514](https://doi.org/10.1163/156853903321671514)
- Roseneil, S. y Budgeon, S. (2004). Cultures of intimacy and care beyond 'the family': Personal life and social change in the early 21st century. *Current Sociology*, 52(2), 135-159. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/0011392104041798](https://doi.org/10.1177/0011392104041798)
- Sable, P. (2013). The pet connection: An attachment perspective. *Clinical Social Work Journal*, 41(1), 93-99. [HTTPS://DOI.ORG/10.1007/s10615-012-0405-2](https://doi.org/10.1007/s10615-012-0405-2)
- Sanders, C. R. (1998). The canine-human «with»: Dogs, people, and public interaction. *International Society for Anthrozoology*, 16(1), 11-15.
- Schvaneveldt, P. L., Young, M. H., Schvaneveldt, J. D. y Kivett, V. R. (2001). Interaction of People and Pets in the Family Setting: A life course perspective. *Journal of Teaching in Marriage & Family*, 1(2), 34-51. [HTTPS://DOI.ORG/10.1300/J226V01N02_03](https://doi.org/10.1300/J226V01N02_03)
- Serpell, J. (1989). *Pet-keeping and animal domestication: A reappraisal*. Londres: Unwin Hyman.
- Serpell, J. (1996). *In the company of animals: A study of human-animal relationships*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Serpell, J. y Paul, E. (2011). Pets in the family: An evolutionary perspective. En C. A. Salmon y T. K. Shackelford (Eds.), *The Oxford handbook of evolutionary family psychology* (pp. 298-309). Oxford: Oxford University Press.
- Simon, F. B., Stierlin, H. y Wynne, L. C. (1988). *Vocabulario de terapia familiar*. Buenos Aires: Gedisa.
- Simpson, M. G. y Keulyan, G. (2018). El perro como tutor de resiliencia en procesos de orientación y de TAA. En M. Díaz Videla y M. A. Olarte (Eds.), *Antrozooloía, multidisciplinario campo de investigación* (pp. 58-71). Buenos Aires: Akadia.
- Smart, C. y Shipman, B. (2004). Visions in monochrome: Families, marriage and the individualization thesis. *The British Journal of Sociology*, 55(4), 491-509. [HTTPS://DOI.ORG/10.1111/j.1468-4446.2004.00034.x](https://doi.org/10.1111/j.1468-4446.2004.00034.x)
- Turner, W. G. (2005). The role of companion animals throughout the family life cycle. *Journal of Family Social Work*, 9(4), 11-21. [HTTPS://DOI.ORG/10.1300/J039V09N0402](https://doi.org/10.1300/J039V09N0402)
- Vaillant, G. (2012). *Triumphs of experience. The men of the Harvard Grant Study*. Cambridge: Belknap Press.
- Valadez Azúa, R. (2000). El origen del perro, primera parte (entre el lobo y el perro). *Revista AMMVEPE*, 11(3), 75-84.
- Walsh, F. (2009). Human-Animal Bonds II: The role of pets in family systems and family therapy. *Family Process*, 48(4), 481-499. [HTTPS://DOI.ORG/10.1111/j.1545-5300.2009.01297.x](https://doi.org/10.1111/j.1545-5300.2009.01297.x)
- Zilcha-Mano, S., Mikulincer, M. y Shaver, P. R. (2011). An attachment perspective on human-pet relationships: Conceptualization and assessment of pet attachment orientations. *Journal of Research in Personality*, 45(4), 345-357. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/j.jrp.2011.04.001](https://doi.org/10.1016/j.jrp.2011.04.001)
- Zilcha-Mano, S., Mikulincer, M. y Shaver, P. R. (2012). Pets as safe havens and secure bases: The moderating role of pet attachment orientations. *Journal of Research in Personality*, 46(5), 571-580. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/j.jrp.2012.06.005](https://doi.org/10.1016/j.jrp.2012.06.005)